



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

PRESENTACIÓN

Más que abundantes son los testimonios acerca de la Revolución Mexicana. Los hay de todas clases, desde los corridos y las noticias de la prensa de la época, hasta las memorias personales y los más concienzudos estudios históricos, obras monográficas o de carácter general. Tan copioso es lo que se ha escrito desde los más variados puntos de vista acerca de la Revolución, que hay ya publicados varios repertorios bibliográficos sobre fuentes e historiografía acerca de este momento que tan hondamente modificó el rostro de la realidad mexicana.

Sin embargo, al parecer, no se había pensado en la posibilidad de otra muy peculiar manera de testimonio; me refiero al que pudieran dar en su propia lengua gentes de nuestro mundo indígena que de un modo o de otro vivieron también no pocos hechos de la Revolución. ¿Cabe realmente acercarse a esta especie de relatos a través de los cuales sería dado percibir algo de lo que fue para la conciencia indígena la serie de luchas que culminaron con la transformación social de México?

Ningún investigador, que sepamos, se ha topado con relaciones o memorias sobre la Revolución escritas en alguna de nuestras numerosas lenguas indígenas. Pero en cambio sí ha habido quien, con método adecuado de comprensión histórica y antropológica, se ha puesto a recoger de labios de sobrevivientes indígenas las que llamaremos “sus impresiones” de los acontecimientos que les tocó vivir. Un estudioso de la lengua y cultura náhuatl, el profesor Fernando Horcasitas, ha emprendido y realizado al menos en parte este trabajo. En parte, porque es muy probable que la búsqueda de esta forma de testimonios pueda continuarse mientras haya todavía en las comunidades indígenas sobrevivientes genuinos que, por lo menos en los días de su juventud, vivieron o actuaron dentro de este hondo sacudimiento social.

En modo alguno es tarea fácil emprender la búsqueda y llevar a cabo la recopilación de testimonios como éstos. Además de conocer el idioma indígena y de atinar con quién habrá de actuar como informante o cronista, obviamente se requiere la adopción de un criterio inmune en lo posible a apreciaciones que habrían de desvirtuar la autenticidad de los relatos. Muchos son los escollos que habrá que superar. Fuerza es lograr primero la confianza que permita la libre evocación de los recuerdos por parte del informante indígena. Encontrar el modo de presentar fielmente los testimonios allegados es otro de los problemas.

El investigador quedará siempre expuesto a inevitables críticas y suspicacias. Aun cuando hubiere grabado en cinta magnetofónica el testimonio en lengua indígena, su trabajo será blanco propicio de objeciones como éstas: ¿no encauzó él mismo el sentido y las apreciaciones acerca de los hechos que son objeto de la relación? ¿No se vio forzado a hacer selección de los testimonios, clasificándolos y ordenándolos con criterio propio? Finalmente, ¿no se valió de lo que podría describirse como "un informante aleccionado" que habría de recordar tan sólo determinados hechos y habría de valorarlos al gusto del investigador?

Por vía de respuesta a éstas y a otras objeciones que podrían plantearse, habrá que remitirse a los testimonios mismos, como los ofrece Fernando Horcasitas en el presente libro. Sin ambigüedades nos dice él de quién provienen y cómo fueron recogidos. Incluye además el texto en lengua náhuatl, la de quienes hasta ahora la conservan en la región de Milpa Alta, al sur del Distrito Federal. La traducción de los testimonios preparada por él se apega fielmente al original indígena. Quien ofrece la imagen que tuvo de la Revolución, doña Luz Jiménez —éste es el nombre de la informante—, no sigue ciertamente ningún esquema preconcebido y, más que juicios de valor, ofrece una serie de cuadros, en ocasiones de una viveza extraordinaria.

El compilador de estos textos los ha distribuido en dos partes. En la primera nos habla la informante, doña Luz, de los días de su niñez. A través de sus palabras nos acercamos a los tiempos en los que gobernaba Porfirio Díaz. Podemos conocer algunas de sus experiencias personales y varios momentos de particular interés para la vida de la

comunidad. Nos refiere así algo de lo que oyó acerca de figuras como Justo Sierra, gracias al cual, nos dice, aprendió ella a leer y escribir. La serie de estos breves capítulos, en los que se reflejan sus alegrías y tristezas, constituyen ciertamente una primera forma de testimonio a la vez interesante y valioso.

Los textos en náhuatl que integran la segunda parte de este trabajo se refieren ya todos al periodo de la Revolución. Emiliano Zapata es siempre en ellos el héroe y el personaje central. A lo largo de la narración, en la que no se pierden nunca la espontaneidad y sencillez propias de la informante, hay momentos del más genuino dramatismo. Podría decirse que la imagen de los acontecimientos recordados alcanza a veces una fuerza de expresión comparable a la de otros textos indígenas del siglo XVI, como aquellos en los que se conservan los relatos aztecas de la conquista, que integran la que hemos llamado "visión de los vencidos".

Esta memoria náhuatl de Milpa Alta, desde los últimos tiempos de Porfirio Díaz hasta la insurgencia del zapatismo, recopilada y traducida al castellano por Fernando Horcasitas, es ciertamente ejemplo de una forma de literatura hasta ahora poco conocida. Tenemos aquí la voz de nuestro mundo indígena que, quizás por última vez, se hace presente para dejar oír algo de lo que fue su experiencia y su punto de vista en uno de los más significativos momentos de nuestra historia casi plenamente contemporánea. Como ya lo apuntamos, aún es tiempo tal vez de emprender la búsqueda y la recolección de otros testimonios como éste, bien sea en la misma lengua náhuatl o en otras como la zapoteca, mixteca, otomí, tarasca y maya. El Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional, al ofrecer ahora esta primera serie de textos, lo hace con la esperanza de contribuir a una comprensión más amplia, esta vez desde el ángulo indígena, de lo que ha significado para nuestro pueblo la aún debatida realidad de la Revolución social mexicana,

MIGUEL LEÓN-PORTILLA